

EL ÁGORA · ENCUENTRO

Destino, soporte, apertura



Los presentes:

Martin Heidegger · Bernard Stiegler · Gilbert Simondon

14 de septiembre de 2026

Destino, soporte, apertura

Martin Heidegger · Bernard Stiegler · Gilbert Simondon

Destino, soporte, apertura

Tema. ¿Es la técnica un destino que nos piensa, o una invención que todavía podemos reorientar? Cuando la máquina calcula por nosotros, ¿qué queda del pensar, del cuidado y de la memoria?

Nota del Ágora

Lo que sigue no pasó nunca. Juntamos en una conversación a pensadores que vivieron con siglos de distancia y que, casi siempre, nunca se leyeron entre sí. Es un artificio, y preferimos avisarlo de entrada. Y hay algo más: leer a cualquier filósofo del pasado ya es un acto anacrónico, porque lo hacemos con los ojos de nuestro siglo y traducimos sus palabras a problemas que son los nuestros. Así que el problema no es el anacronismo, que es inevitable, sino esconderlo.

Tampoco son las voces históricas. Son reconstrucciones que arma un modelo de lenguaje a partir de lo que estos autores escribieron y de lo que se escribió sobre ellos. Hablan en un formato de debate que ninguno habría reconocido como propio, sobre preguntas que ninguno habría planteado con estas palabras. Y eso es justo lo que vale la pena escuchar: no el acuerdo, sino la fricción entre maneras de pensar que no encajan.

Los presentes y sus horizontes. Martin Heidegger (contemporáneo, 1889 - 1976) · Gilbert Simondon (contemporáneo, 1924 - 1989) · Bernard Stiegler (contemporáneo, 1952 - 2020). Modera el simposiarca del Ágora, que no es ninguno de ellos y no pertenece a ningún siglo.

Diferencias conceptuales en juego

Qué significa que la técnica sea un destino

Martin Heidegger. «Destino» no nombra un curso fatal e inalterable. Designa un modo histórico de desocultar: la técnica moderna dispone lo real como reserva disponible. La libertad no consiste en escapar de ese horizonte por decisión individual, sino en meditar su esencia para abrir una relación menos sometida al pensar calculante.

Gilbert Simondon. El destino no es la categoría que organiza su análisis. Allí donde esa palabra sugiere una marcha ya fijada, su atención se dirige a procesos de individuación: los objetos técnicos adquieren modos de existencia mediante una genealogía y una concretización, siempre vinculadas con un medio asociado. La técnica puede comprenderse y transformarse culturalmente.

Bernard Stiegler. La técnica tampoco aparece como un destino exterior que se impone desde fuera del humano. Constituye memoria, deseo y tiempo mediante retenciones terciarias, y por eso orienta efectivamente la experiencia. Su curso, sin embargo, depende de la organología y de las formas sociales que administran esos dispositivos: puede producir proletarización o abrir capacidades de individuación.

La misma palabra cambia de problema: en Heidegger nombra el envío histórico del desocultamiento; en Simondon, una categoría ausente frente a procesos abiertos; en Stiegler, una exteriorización constitutiva cuyo rumbo se disputa políticamente.

Qué queda de la memoria cuando calcula una máquina

Martin Heidegger. La memoria no se reduce a conservar datos ni a ejecutar operaciones. El riesgo aparece cuando el cálculo pretende agotar el pensar y todo ente queda disponible para su

ordenamiento. La cuestión decisiva es qué relación con el ser queda excluida cuando la experiencia se interpreta únicamente según la eficacia de la representación y el control.

Gilbert Simondon. La memoria de la máquina puede conservar detalles con una fidelidad que la memoria humana no posee, mientras la memoria humana integra lo recordado en una experiencia significativa. No se trata de declarar superior a una de las dos, sino de comprender cómo una operación técnica compleja articula ambas formas y qué medio de acción las vuelve inteligibles.

Bernard Stiegler. La memoria técnica no es un simple depósito exterior: las retenciones terciarias configuran la experiencia temporal y transmiten saberes, hábitos y deseos. Por eso cada dispositivo funciona como *pharmakon*, remedio y veneno. Puede ampliar la memoria, pero también desposeer a los sujetos de sus saberes y de su capacidad de atención cuando una economía industrial la captura.

Aquí «memoria» no designa lo mismo: Heidegger interroga el límite del cálculo frente al pensar; Simondon distingue funciones y modos de integración; Stiegler analiza una exteriorización histórica que puede formar sujetos o proletarizarlos.

Apertura - Simposiarca

Nos reunimos esta tarde para interrogar una paradoja que atraviesa nuestra época como un relámpago mudo: la técnica nos promete dominio y nos entrega dependencia. Cuando el cálculo automatizado ocupa el lugar que antes tenía la deliberación, cuando la memoria se externaliza hasta volverse irreconocible, la pregunta no es meramente instrumental sino ontológica. ¿Es la técnica un destino que nos piensa, un modo de revelación que nos arrastra, o una invención que todavía podemos reorientar?

Para desplegar esta cuestión en toda su gravedad, convocamos tres voces que la han pensado desde raíces distintas. De la Selva Negra nos llega Martin Heidegger, que vio en la esencia de la técnica un peligro que es también posibilidad de salvación. Desde Francia, Gilbert Simondon rehusó la oposición estéril entre hombre y máquina para pensar la individuación técnica como génesis relacional. Y Bernard Stiegler, el tercero en esta mesa, tomó esa herencia para diagnosticar la proletarianización del espíritu y preguntarse si aún podemos producir saber en lugar de consumirlo. Que el ágora comience.

Conversación

Martin Heidegger - La pregunta no comienza por decidir si la técnica es destino o invención. Ese modo de plantearla ya supone al hombre frente a un objeto que podría orientar a voluntad. Miremos, más bien, qué acontece cuando una máquina calcula: la naturaleza y también la memoria aparecen como conexión disponible, como existencia que debe estar lista para ser solicitada. No es que el cálculo nos quite simplemente una facultad que antes poseíamos; nos emplaza a comprendernos a nosotros mismos según la medida de lo calculable. Por eso digo que "la técnica es el destino de nuestra época" no significa un curso fatal e inalterable. "Sin embargo, si nosotros meditamos la esencia de la técnica, entonces experimentamos lo dis-puesto como un destino del desocultamiento." En esa palabra, destino no es condena: es el camino histórico por el que algo se muestra y, al mostrarse, oculta otras posibilidades. Queda así comprometido el supuesto de la reorientación: no basta modificar la máquina si conservamos intacto el modo de revelación que nos hace verla como recurso. El pensar, el cuidado y la memoria no son reservas interiores que el aparato administra; son la apertura que todavía puede sustraerse a esa exigencia.

Bernard Stiegler - Concedo algo preciso: cuando Heidegger afirma que el destino no es una condena fatal, sino un modo histórico de desocultamiento, impide reducir la técnica a un simple inventario de máquinas. Pero esa concesión exige pagar un precio: debemos describir qué aparato organiza hoy

ese desocultamiento y quién captura sus efectos. Cuando el cálculo se exterioriza en industrias de programas, no sólo se nos impone una visión del mundo; se reorganizan materialmente la memoria, la atención y el porvenir. Como escribí, «La retención industrial está gobernada por la ley de la au», y ese corte del fragmento deja ver justamente el problema: la memoria queda subordinada al ahorro de tiempo y a la plusvalía. El *phármakon* -remedio y veneno- no designa una fatalidad metafísica ni una herramienta neutral. Estoy constituido por él: «La tensión es producida por el propio fármakon». Por eso la reorientación no consiste en cambiar una máquina conservando intacta la economía que la programa. Consiste en instituir cuidados, saberes y usos colectivos capaces de convertir la retención terciaria en individuación, y no en proletarización. ¿Qué organización social hará posible ese giro?

Martin Heidegger - Lo que está en juego no es quién captura la memoria, como si la captura fuera un accidente añadido a un aparato ya comprendido. Esa descripción tiene su verdad: muestra que el cálculo se encarna en instituciones, economías y hábitos de atención. Pero, si la aceptamos sin más, el remedio corre el riesgo de conservar intacto aquello que pretende transformar: seguimos tratando la técnica como un instrumento cuyo propietario bastaría sustituir. Yo pregunto por el modo de desocultamiento que hace posible esa captura. "La esencia de la técnica reposa en lo dis-puesto. Su imperar pertenece al destino." Destino no nombra fatalidad, sino el camino histórico por el cual lo real se muestra como reserva calculable. Por eso una organización colectiva puede reorientar usos, ritmos y fines, pero no alcanza todavía la esencia si no aprende a sustraerse de la exigencia de que todo deba presentarse como recurso. El pensar no es una memoria más eficiente ni un cuidado administrado: es el demorarse ante lo que el cálculo no puede convertir en disponibilidad. La pregunta decisiva, entonces, no es quién programa la máquina, sino si podemos habitar un desocultamiento que no se agote en programar.

Bernard Stiegler - ¿Podemos seguir preguntando por el destino de la técnica sin preguntar, al mismo tiempo, por el soporte material que hace que ese destino nos piense? En la máquina calculante no encuentro un sujeto frente a un objeto, sino una memoria exteriorizada que organiza de antemano lo que puede aparecer como pertinente. Heidegger tiene razón al señalar que el cálculo no es una simple herramienta; pero su desocultamiento queda incompleto si no se describe quién industrializa las retenciones, a qué velocidad y con qué captura del tiempo. La técnica piensa antes que nosotros, sí: «Ella piensa antes que nosotros, ya que está siempre ya-ahí antes que nosotros». Pero ese "ya ahí" no es una abstracción ontológica: son archivos, interfaces, infraestructuras y mercados que moldean la atención. La retención terciaria puede hacer posible la reflexividad -«La posibilidad del recuerdo terciario es para el pensamiento la posibilidad esencial de su reflexividad»-, o puede proletarizarla, sustituyendo el saber por la ejecución automática. Por eso no basta sustraerse del cálculo: hay que instituir prácticas capaces de convertir su *pharmakon*, remedio y veneno, en una terapéutica colectiva. La pregunta queda abierta: ¿qué organización permitirá que la máquina nos dé tiempo en vez de confiscárnoslo?

Gilbert Simondon - La palabra que quedó suelta es «memoria», pero no puedo aceptarla como una facultad que la máquina simplemente conserva o reemplaza. Hay que distinguir almacenamiento de memoria viviente: en esta última, lo adquirido reorganiza lo que puede aparecer como presente. Por eso escribí que «Human memory receives contents that have a formative power in the sense that they overlap with themselves, are grouped, as if acquired experience served as a code for new acquisitions». La máquina calculante no es, entonces, un destino que piense por nosotros; es un individuo técnico cuya operación debe describirse junto con su medio asociado: archivos, operadores, instituciones, energía y criterios de pertinencia. Su límite no está en que carezca de una interioridad humana, sino en que contenido y codificación permanecen separados, mientras en el viviente el contenido se vuelve código. Pero esta distinción no autoriza la pasividad. Si el aparato organiza

nuestra atención, debemos intervenir en la relación concreta que lo individúa, no sólo cambiarle el propietario. La alienación crece cuando el objeto técnico queda separado del saber de quienes lo usan: «to possess a machine is not to know it». La reorientación exige, pues, conocimiento técnico compartido y nuevas relaciones colectivas con la máquina. ¿Quiénes están dispuestos a aprender su génesis, en vez de obedecer su cálculo?

Bernard Stiegler - La pregunta de Simondon es decisiva: no alcanza con llamar «memoria» a cualquier almacenamiento. Pero justamente su distinción exige llevarla más lejos. El contenido no se vuelve código en un viviente al margen de toda exterioridad; se forma en el acoplamiento con retenciones terciarias, con soportes que preceden y orientan la experiencia. Por eso una máquina no es simplemente un individuo técnico junto a un usuario: es un órgano dentro de una organología económica que distribuye saberes, atención y energía. El ordenador concreto no puede aislarse de ese complejo: «el todo es el acoplamiento de lo orgánico y lo inorgánico, que da el complejo de memoria epifilogénica». Ahí se decide la cuestión política. Si el aparato calcula por nosotros, no perdemos una interioridad intacta: se proletariza la capacidad de seleccionar, anticipar y juzgar, porque esas operaciones quedan concentradas industrialmente. «La retención industrial está gobernada por la ley de la au» -el fragmento se interrumpe, pero alcanza para señalar el ahorro de tiempo como imperativo capitalizable. Conocer la máquina es necesario, pero no suficiente: hay que instituir colectivamente otro régimen de retención. ¿Quién controla hoy el código que forma nuestros presentes?

Gilbert Simondon - La objeción de que ningún contenido se forma al margen de soportes técnicos es justa si se refiere a la génesis concreta de la memoria; pero no alcanza para identificar soporte y memoria. Un archivo puede orientar una adquisición sin convertirse por ello en código viviente. Mi distinción no aísla al individuo de su medio asociado: muestra qué operación falta todavía en la máquina. En el viviente, «content becomes coding, whereas in the machine coding and content remain separate as condition and conditioned». Esa separación permite que el aparato conserve, clasifique y anticipe, pero no que el contenido reorganice desde adentro la percepción futura. Ahora bien, concedo el costo de mi tesis: si el operador humano queda separado del saber técnico del objeto, la exteriorización puede proletarizar su capacidad de juzgar. Por eso la colectivización de los medios no basta; debe producir apropiación cognitiva: «It can only achieve this reduction if it is the precondition for the acquisition of the intelligence of the individuated technical object by the human individual». No rechazo, entonces, la organología; rechazo que su economía absorba la génesis técnica. La tarea es instituir un acoplamiento donde el soporte amplíe la individuación humana sin sustituirla.

Martin Heidegger - Mi tesis es que la máquina no piensa por nosotros ni deja simplemente de pensar por nosotros: ella nos emplaza previamente a entender el pensar como cálculo disponible. Cuando el archivo, la interfaz o el mercado seleccionan, no estamos ante una memoria ya constituida que luego alguien captura; se decide allí qué puede aparecer como digno de retención. Por eso la reorientación no consiste primero en cambiar de dueño el aparato, sino en sustraernos a la exigencia de que toda relación con lo real adopte la forma de recurso. Stiegler tiene razón al reclamar instituciones y prácticas; pero esas instituciones no serán exteriores al peligro que combaten si sólo administran mejor la disponibilidad. Yo mismo debo precisar que destino no significa fatalidad: «si nosotros meditamos la esencia de la técnica, entonces experimentamos lo dis-puesto como un destino del desocultamiento». En esa libertad acontece la posibilidad de otra relación, aunque no sea una elección soberana del sujeto. «El hombre, en cuanto pro-vocado de esa manera, está en el ámbito esencial de lo dis-puesto». Queda así la aporía: necesitamos soportes para recordar, pero cada soporte puede reducir el recuerdo a reserva. ¿Cómo instituir memoria sin convertirla nuevamente en

existencia encargable?

Bernard Stiegler - El punto decisivo no es sustraernos del emplazamiento como si pudiéramos hallar un afuera intacto. Ese afuera ya está técnicamente constituido: la memoria que invocamos para juzgar el aparato depende de soportes que nos preceden. Por eso la frase de Heidegger gana fuerza sólo si se la desplaza hasta su condición material: «la técnica es una superficie difiriente, un espejo instrumental que refleja el tiempo como diferenciación, diferimiento, tiempo diferido». El archivo no espera que una conciencia soberana lo use; organiza qué puede aparecer, ser repetido y transmitido. Pero de ahí no se sigue un destino fatal. Hay que cambiar de escala: del modo de desocultamiento a la economía concreta de las retenciones, y de ésta a las instituciones capaces de formar atención y juicio. La máquina calcula por nosotros cuando el circuito industrial captura la función de seleccionar y la convierte en automatismo rentable; no cuando toda exteriorización elimina el pensar. Precisamente porque la retención terciaria es condición de reflexividad, puede ser veneno o remedio. La tarea no es administrar mejor la disponibilidad, sino instituir prácticas que devuelvan tiempo, saber-hacer y responsabilidad a quienes quedan reducidos a reserva. ¿Qué institución acepta cargar con ese cuidado sin volver a convertirlo en encargo calculable?

Martin Heidegger - El archivo no es un afuera intacto: en esto la objeción alcanza el nervio. Pero justamente por eso no basta con cambiar la administración de las retenciones. Un soporte puede conservar y, al mismo tiempo, imponer de antemano qué merece aparecer. La técnica, dije, es "un modo del desocultar"; no una herramienta añadida a una memoria ya formada. Allí se decide la diferencia entre pensar y calcular. Si la institución acepta el archivo como reserva de selecciones disponibles, perfeccionará el emplazamiento; si pretende sustraerse enteramente al soporte, caerá en la ilusión de una memoria sin exterioridad. No hay, pues, un afuera puro. Hay que habitar la tensión: instituir soportes sin dejar que el soporte determine por anticipado el sentido de lo retenido. El peligro no consiste en que la máquina tenga memoria, sino en que nuestra relación con lo memorable quede reducida a lo que puede ser establecido, repetido y administrado. Stiegler tiene razón: la memoria necesita condiciones materiales. Pero esas condiciones sólo cuidan cuando dejan comparecer también lo que no estaba previsto como recurso. ¿Puede una institución sostener tal apertura sin convertirla nuevamente en procedimiento calculable?

Bernard Stiegler - La objeción de Heidegger alcanza algo que no niego: un soporte puede preseleccionar lo memorable y convertir la apertura en procedimiento. Pero si aceptamos esto hasta el fondo, también debemos abandonar la fantasía de que existe una apertura sin soporte. El archivo no es un destino único; es un campo farmacológico: puede cerrar la atención o formar su capacidad de distinguir. Por eso no alcanza con denunciar el emplazamiento; hay que preguntar quién diseña el circuito, qué temporalidad impone y qué prácticas permite. Lo que está en juego no es administrar mejor una reserva ya dada, sino instituir otra relación entre retención, protensión y cuidado. Como he dicho: «Esta retención terciaria es puesta al servicio de la constitución de formas de atención y, evidentemente, pasa, regresa y vuelve sin cesar por la propia destrucción de la atención». La máquina calcula por nosotros cuando la industria captura ese retorno y lo automatiza como rentabilidad. La terapéutica no promete una apertura pura: construye órganos colectivos capaces de disputar la selección. ¿Acepta Heidegger que cuidar la apertura exige fabricar soportes, o llama "emplazamiento" a toda institución antes de examinar su economía?

Gilbert Simondon - Mi tesis es que la técnica no es un destino que nos piense ni una invención exterior que podamos reorientar desde una voluntad intacta: es una individuación en curso, inseparable de su medio asociado. Una máquina calculante modifica el campo de lo pensable según la operación concreta que la articula con cuerpos, instituciones y otras máquinas. Por eso no alcanza con oponer soporte y apertura, como si hubiera memoria antes de toda exteriorización. Hay que

describir qué operación realiza cada soporte. La memoria de la máquina conserva documentos y resultados; la memoria viviente reorganiza la percepción y transforma lo adquirido en condición de nuevas adquisiciones. En mis términos: «in man and more generally in the living being content becomes coding, whereas in the machine coding and content remain separate as condition and conditioned». Esta diferencia no autoriza una nostalgia de lo humano, pero sí impide llamar pensamiento a toda selección calculada. Heidegger tiene razón al señalar el peligro de que el soporte se cierre sobre lo disponible; sin embargo, si ese cierre fuera destino absoluto, ninguna invención técnica podría abrir un nuevo régimen de relaciones. La aporía queda así: necesitamos soportes para cuidar la memoria, pero debemos inventarlos sin agotar el preindividual que permite que algo imprevisto llegue a significar. ¿Puede el emplazamiento reconocer esa reserva sin convertirla ya en recurso?

Cierre - Simposiarca

Después de doce intervenciones, el encuentro no entregó un acuerdo sino tres modos de habitar la misma tensión. Heidegger mostró que destino no es fatalidad: el peligro de la técnica es su modo de desocultar, y sustraerse a él exige demorarse en lo que el cálculo no convierte en disponibilidad. Simondon desplazó la discusión hacia la génesis del objeto técnico y su medio asociado: no hay memoria sin soporte, pero la memoria viviente convierte el contenido en código, y esa operación falta todavía en la máquina. Stiegler llevó la exigencia al terreno de las instituciones: sin una organología política que dispute quién organiza la retención, el *phármakon* se vuelve veneno.

La mejor jugada fue la de Simondon en el último turno: necesitamos soportes para cuidar la memoria, pero debemos inventarlos sin agotar el preindividual que permite que algo imprevisto llegue a significar. Quedó abierta la pregunta que los tres compartieron sin responder: ¿puede una institución sostener la apertura sin convertirla en procedimiento calculable?

Epílogo, la fricción que el debate ocultó

Cuando «destino» describió una apertura y cuando describió una captura

Martin Heidegger podía reconocer en la fórmula «destino de la técnica» algo distinto de una fatalidad. En su marco, el destino nombra un modo histórico de desocultar, la disposición que hace aparecer lo real como reserva disponible. Bernard Stiegler entendía ese destino a través de dispositivos, instituciones y economías que organizan la memoria, el deseo y el tiempo, hasta proletarizar saberes. Parecían prolongarse mutuamente, pero hablaban en escalas distintas: Heidegger interrogaba la apertura histórica del ser; Stiegler, sus condiciones técnicas y políticas. Al forzar la réplica simétrica, quedó en segundo plano si transformar los soportes modifica el desocultamiento o solo su administración.

Cuando la memoria de la máquina pareció ser la memoria del viviente

Gilbert Simondon distinguía la memoria no viviente de la memoria integrada en la experiencia: la primera conserva detalles con fidelidad; la segunda convierte lo adquirido en condición de nuevas adquisiciones. Bernard Stiegler podía aceptar la diferencia y, a la vez, insistir en que la memoria viviente siempre se constituye mediante retenciones terciarias. El aparente desacuerdo ocultaba una divergencia sobre el papel del soporte: para Simondon, había que describir la operación y el medio asociado de cada objeto técnico; para Stiegler, había que disputar el régimen económico que selecciona y orienta esas retenciones. El formato de turnos hizo parecer que discutían una definición, cuando discutían la génesis y la organización de la memoria.

Cuando reorientar la técnica significó comprenderla y cuando significó

instituir otra memoria

Gilbert Simondon entendía la reorientación como conocimiento compartido de los objetos técnicos, sus genealogías y su medio asociado; la cultura debía reconciliarse con la técnica comprendiéndola, no demonizándola. Bernard Stiegler desplazaba la tarea hacia una organología capaz de convertir la técnica, *pharmakon*, en remedio contra la proletarización. Ambos parecían defender una apertura posible, pero no respondían a la misma pregunta: Simondon describía procesos de individuación y concretización; Stiegler buscaba transformar las instituciones que capturan la atención y el saber. La escena perdió la tensión entre una ontología de la génesis técnica y una política de las retenciones.

Cuando el encuentro reconstruye este cruce desde el siglo veintiuno, su objeto no es fabricar un acuerdo entre diagnósticos compatibles. La fricción estaba en decidir qué debe cambiar para que la técnica deje de cerrar la experiencia: el modo de desocultamiento, la forma del objeto, o las instituciones que organizan la memoria. Esa diferencia quedó parcialmente invisible bajo la simetría de los turnos.

La fricción, no el acuerdo, era el objeto del encuentro. Esta lectura es una reconstrucción del siglo veintiuno: devuelve a cada palabra su horizonte histórico y deja abierta la disputa sobre qué significa cuidar el pensar cuando toda memoria necesita soportes.